

Una historia en Roswell sin OVNIS

Os preguntaráis qué hago aquí. Susurraréis entre vosotros que qué hace un chaval de mi talante escribiendo esto. Es probable que reclaméis a la librería donde me hayáis comprado que soy una pérdida de dinero. Pero también es probable que os guste lo que estáis a punto de leer. Y que se convierta en algo en lo que podéis apoyaros, u os anime a seguir luchando, depende de la situación en la que estéis. Soy positivo. Antes no lo era, pero me dí cuenta de que si el cincuenta por ciento de las personas del mundo (cálculo hecho por mi amigo Roger) no fuéramos positivas, el planeta se iría a pique. No quiero ser partidario de la razón por la cual el planeta se vaya a pique. Ya tiene demasiadas razones.

Sé lo que estáis pensando ahora: no es tan fácil ser positivo. Lo sé. Hazme caso que lo sé. Pero tienes que al menos intentarlo. Eso es lo que hice yo. Cuando todo estaba perdido, me esforcé al máximo para llegar a mi meta, y... lo conseguí. Y sin positividad, permíteme decirte que, la carrera hacia tu meta te va a parecer un paseo por el infierno más caluroso y tedioso que te puedas imaginar.

Por esa razón y mil más, os recomiendo desde el fondo de mi patata que, pase lo que pase, seáis positivos. Y no solo porque yo lo fui. Si no porque es lo último que se pierde, y poder llevar contigo lo último que puedes llegar a perder es... sagrado. Sencillamente eso.

Así que aquí estoy, para contaros la historia que cambió mi vida. Pero lo primero es lo primero, por lo que empecemos por el principio.

* * * *

Eché una larga mirada a las mesas roñosas del bar. Desde la barra, todo se veía diferente: sabiendo de memoria la carta, conocías cuál habría sido la mejor opción que cada una de las personas podría haber pedido, ya que solo unos pocos platos estaban realmente ricos. También, al mirar a la gente que entraba por la puerta, solo veías propinas. Pero de las contundentes que de verdad te pagan el alquiler, no de las que te sirven para llenar el peso muerto de tu bolsillo. Tu delantal, podía parecer resplandeciente para los comensales que entraban en el bar, pero para ti seguía igual de mugriento que siempre, cada día más. En las mesas solo veías chicles que limpiar cuando se acabara el turno de tu relevo, que como no daba pie con bola te tocaba hacerlo a ti todo. Así es mi vida.

Me llamo Michael. Michael Gallego. Tengo 21 años y soy camarero en el peor bar de la ciudad de Roswell. Mi familia vive lejos, en España, y mis amigos viven más cerca de mis padres que de mí. En definitiva, estoy solo.

Miento. Tengo a mi compañero de piso, Roger, pero él viene y va. Es decir, no se mueve del apartamento, pero nunca está del todo presente cuando hablas con él. En su día debía ser

superdotado y todavía se lo cree, aunque en realidad de lo único que sabe con seguridad es del número de muelles que se esconden debajo del colchón del sillón.

¿Por qué me mudé, entonces? Os preguntaréis. Para seros sincero, yo también me lo pregunto, varias veces al día.

Iba a ser alguien importante. Iba a cambiar el mundo. No es una mala iniciativa, ¿verdad? Pero la práctica luego cuesta.

Iba a ser pianista. Y uno muy conocido por su maestría, además.

Así que me mudé aquí, al culo del mundo, para grabar mi primer álbum. Me vine a vivir con Roger que, por muy vago que sea, ahora es mi mejor amigo. Vivíamos en una casa a las afueras, en muy buenas condiciones, ya que nos lo permitíamos porque pensábamos que ganaríamos una fortuna en nuestro momento. Pero entonces las facturas comenzaron a acumularse, y nos mudamos al apartamento en el que estamos ahora, encima del bar, porque nos salía más barato. Pero como están solo disponibles para empleados, tuve que coger yo el trabajo de camarero porque Roger estaba demasiado ocupado trabajando en su palabras textuales, “electroimán con el que atraería los retretes de toda Roswell”. No me preguntéis cómo iba a hacer que un imán atrajese porcelana, ni qué por qué está tan interesado en todos los retretes de Roswell, porque es tan secreto que me tengo que mantener a un metro del armario donde guarda los planos porque dice que si no una alarma con lasers saltará y me hará agujeros en los sesos como una perforadora a alta velocidad. Eso también son palabras textuales. Y me lo creo, por eso me mantengo bien alejado del armario.

En realidad, para seros sinceros por segunda vez, le admiro. Le admiro porque se levanta cada día con la ilusión de crear un nuevo invento que revolucione la humanidad, aún sabiendo que no lo va a conseguir, porque lo sabe. Le admiro por seguir intentándolo, seguir probando fórmulas, seguir esforzándose. Yo dejé de hacer eso hace ya mucho tiempo.

Claro que si él tuviera que levantarse todos los días a trabajar en un bar en el que la gente se interesa más por su hamburguesa que por tí, no estaría igual. Y yo juro que al principio lo intenté. Pero jamás entró ningún productor por la puerta. Jamás. Ni ningún fan loco, pero claro, como lo iban a hacer si yo seguía en la sombra. Supongo que esperaba que alguien hubiera visto como daba golpecitos en la barra con los dedos y dijera: “¡Pero bueno! ¿Qué hace aquí un pianista tan bueno como ese? ¡Le voy a pedir un autógrafo ahora mismo!”

Total, que me decanté por la opción más fácil: dejar de intentarlo. Así de sencillo. Blanco y en botella. Si la vida te da limones, hazte una limonada, pero si no te los da, amigo, te vas a morir de sed, a no ser que te conformes con beber agua.

Llegó el día en que Roger me vió tan desanimado que me dijo que podíamos turnarnos en el trabajo del bar, “para mezclarme con los terrestres”; había puesto de excusa. Pero yo ya había perdido toda esperanza, así me que limité a negar con la cabeza y encogerme de hombros, como si aquello resumiera mi patética existencia.

Mi turno estaba a punto de terminar, así que seguí el reglamento de siempre: colgué mi delantal en una de las perchas que había al lado de la barra y me limpié la grasa de las manos que se me había adherido como celofán al preparar un par de platos de patatas fritas. Cuando terminé, miré rápidamente de nuevo al bar y vislumbre a mi jefe mirándome desde el otro lado. Lucía su clásico chaquetón gris, con botones sintéticos en el comienzo de los brazos y alguna que otra costura rota. Como todavía había gente en algunas mesas, me consoló saber que al menos no me echaría la bronca ni montaría un pollo allí. Es más, hasta diría que me miraba consternado, como si mis pensamientos colgaran de mi cabeza y todos pudieran leerlos, y él leyera lo deprimido que yo estaba. Me toqué disimuladamente la cabeza para comprobar que seguían en su sitio.

Empezó a dar anchas zancadas hacia mí sin perder el contacto visual. Lo ignoré e hice como que no lo había visto. Me sequé las manos y me puse las mangas de nuevo al derecho, ya que las había remangado para lavármelas, pero cuando me giré para irme por la puerta noté que el vello de la nuca se me erizaba. Me había alcanzado. Reprimí un estremecimiento cuando me dijo, con voz ronca y profunda:

- ¿Ya te ibas, Michael?

Me giré muy lentamente mientras contestaba, intentando hacer tiempo para que fuera mi hora punta:

- Si... bueno, ya sabes. Las ocho. Me refiero que son las ocho. Y es mi final de turno, ¿recuerdas? Después va Victoria, después de ella va Will y... ¿tengo que seguir?

Cuando terminé de girarme, me sorprendió ver que me estaba sonriendo. Fruncí el ceño, con un extraño presentimiento cruzandome la mente cual una estrella fugaz en una noche en la que no las predecían.

- ¿Me vas a matar? - dije sin quererlo, con un leve temblor en la voz.

Con suerte, se rió con sorna y me dió un golpe en el hombro que me hizo tambalearme. Mi jefe era un hombre grande y fornido, y podría conmigo en cuestión de segundos. Me esforcé por sonreír.

- No, Michael. - dijo finalizando su ataque de risa. Odiaba a las personas que, estás a solas con ellas en una conversación y no paran de llamarte por tu nombre; era exasperante. Ya sé que me llamó así, ya sé que hablas conmigo, y ya sé que tu

sabes todo eso. ¿Por qué no puedes dejar de demostrarlo? - Solo quería saber... eh... - vacilé. Nunca le había visto vacilar en absolutamente nada. Seguí esforzándome por sonreír, pero no pude evitar que se me crisparan los dedos levemente, de una manera casi imperceptible, pero ahí estaban. - ... ¿cómo te va la vida? - me preguntó muy rápido, como si tuviera miedo de la pregunta. O quizá de la respuesta.

Medité la respuesta un momento. La pregunta me había pillado por sorpresa y mi primer impulso había sido decir "bien". Pero, ¿para qué mentir? Las cosas NO estaban bien.

Además, si le decía la verdad a lo mejor se apiadaba de mí y me daba un ascenso.

- Pues bueno... no van mal. Pero tampoco genial. Estoy en un punto medio. - dije sin embargo, con una media sonrisa tímida. Yo no era de los que exteriorizaba sus sentimientos profundos con facilidad, y menos con mi jefe.
- Ah, vale. Mmm... - dijo, volviendo a dudar. Comencé a pensar que alguien le había obligado a hablar conmigo y a interesarse por mi vida, y que se había aprendido las preguntas de memoria; una memoria que le fallaba. - ¿Va mal por algo específico? - volvió a preguntar, carraspeando al final de la pregunta, de nuevo como si la temiese.

Está vez dudé yo, cada vez con más sospechas de mi anterior teoría.

- Pues... no lo sé... en fin yo... - empecé. Me sorprendí a mi mismo tartamudeando. Ese tío sacaba mis peores facetas. No pensaba contarle lo de mi sueño de pianista talentoso que acabó en desastre, así que busqué una excusa lo más velozmente que los engranajes de mi cerebro funcionaban. Pero los suyos estaban más engrasados, y por ello se me adelantó.
- ¿Es por algún trabajo que preferirías en vez de este? - inquirió, cada vez más seguro de sí mismo.

Hice una mueca y le miré con los ojos como platos, todo a la vez. Dios, ese tío cada vez me daba más miedo. ¿Cómo lo había sabido? Espera... ¿me iba a despedir? No podía permitirlo. Decidí inventarme la historia que nunca falla: mi difunto padre era camarero y quería honrarlo con ese trabajo. Me inventaría el quijote con tal de no perder ese trabajo.

- Yo... - comencé. Pero él volvió a interrumpirme.
- Michael, - otra vez. Exasperante - si hay algo, lo que sea, que necesites hablar con alguien, me tienes aquí.

Me apoyó de nuevo la mano en el hombro y noté las náuseas subiendo por mi tráquea. El nudo que se había formado en mi estómago al comenzar la conversación se apretó tanto que me cortó la respiración. ¿Qué le pasaba a ese tío hoy? Miré hacia él y comprobé que me miraba con una sonrisa apacible. Me palpé la cara para confirmar que mis ojos seguían

allí y no se habían ido rodando y estaba contemplando al jefe hablando con cualquier otra persona porque era muy, muy extraño que se comportara así conmigo.

Quise contestar pero las ideas no me fluían. Solo tenía dos pensamientos: ¿Cómo?, y, ¡¡¿¿Qué??!!

- Vaaleee. - dije casi en un susurro que disimulaba una carcajada desesperada. Me imaginé un escenario en el que estábamos así toda la noche, él esperando que yo le hablara de mis complejos y yo deseando que la corriente de aire que entraba por las rejillas fuera lo suficientemente tóxica como para hacer que ambos nos desmayáramos.

Acabé deshaciéndome de su abrazo paternal y me dirigí hacia las escaleras para subir a los apartamentos de arriba, donde Roger estaría durmiendo o explotando algo. Cuando ya tenía un pie puesto en el primer escalón y el corazón por fin me latía con la regularidad de antes, oí de nuevo su voz a mi espalda proclamando:

- Buenas noches, Michael.

No hay sonido más terrorífico que el brote de las palabras *buenas noches* saliendo de la garganta de tu jefe.

Solté un suspiro y, sin volverme siquiera, le hice un gesto con la mano diciéndole adiós. Los primeros escalones los tome con calma, pero cuando desaparecí de su vista en la primera curva, subí corriendo el resto por si cambiaba de idea sobre la charla con el corazón en la mano. Parecía que las escaleras fueran a esfumarse debajo de mí de un momento a otro por las prisas que llevaba.

Llegué arriba del todo y me apoyé en la pared, jadeando. Saqué las llaves de mi bolsillo bendiciendo que no se me hubieran caído en la carrera y abrí la puerta principal.

Conseguí abrirla después de que se atascara un par de veces (siempre lo hacía), y esquivé unos cables estratégicamente colocados por Roger por si alguien decidía robarle alguno de sus experimento o bocetos. Mis sospechas se confirmaron al verle tirado en el sofá con un montón de papelajos sueltos encima de él y una maqueta de un cohete en la mesa del comedor-salón-parte de nuestras habitaciones. El apartamento era bastante pequeño, pero nos apañábamos bien. Estaba dormido, así que, intentando no pisar los bocetos que le habían tocado también al suelo salvaguardar, me fui a mi habitación con la sensación de que mis pies eran de plomo. Me acababa de dar cuenta que estaba realmente cansado. Supuse que sería por la maratón de las escaleras.

Estaba llegando a la linde de mi cuarto cuando Roger dijo:

- ¿No me vas a decir nada? ¿Ni siquiera te vas a disculpar por la tardía? Me tenías preocupado.

Me giré y le ví desperezándose en el sillón. Me dedicó una sonrisa pícaro y solté una carcajada.

- Seguro que sí. - me echó una mirada de reproche - Perdón, papá. - dije yo con tono burlón. Nos reímos con ganas. Me senté a su lado en el sillón. - He tenido charla con el jefe.

Se incorporó tirando de mi brazo y apoyó la espalda en la sede de cojines que había acumulado detrás de él, dejando caer el peso muerto de la cabeza en la pared produciendo un golpe sordo. Le imité.

- Uuuhhh. Mal rollo. - dijo por fin, con una sonrisa de oreja a oreja. - Bueno, seguimos aquí, así que no pueden haberte despedido, porque además eso no concordaría con tu buen humor. Lo peor que te puede haber pasado, en un ochenta y siete por ciento de probabilidades, sea que te han degradado. Y como te da igual el puesto en el que estés con tal de que te paguen, sigues de buen humor. Espera, ¿eso se puede hacer en un bar? Seguro que tú conseguirías que lo inventaran. - sentenció, orgulloso de su predicción. Hice una mueca. Esta vez fuí yo el que le dedicó una mirada de reproche mezclado con enfado, pero esta disminuyó al oírle reír.
- Auch. - dije sin embargo. Le dí un codazo y él me lo devolvió, y volvimos a reírnos con sorna - ¿No hay ninguna probabilidad de que pienses que me han podido ascender?
- Bueno... - se puso bizco e hizo el robot. - Error... Error... Error... - dijo, dejándose caer cuan largo era en el sillón, riéndose a mandíbula suelta.
- Ja, ja - solté yo subiendo el tono entre sus carcajadas, sin reírme - Pues ni me han ascendido ni me han degradado, ¿de acuerdo? Y no te he preguntado cuáles serían las probabilidades generales de que me ascendieran, si no cuáles serían las probabilidades de que tú me vieras capaz de tenerlas.
- ¿Quieres que repita el numerito?

El robot volvió a emerger en él y le agarré por los codos para que no siguiera. Le tiré al sillón con cariño y me fui a mi cuarto, y los dos seguimos riéndonos hasta que fui a cerrar la puerta y me gritó desde su lado del sillón:

- No creo que seas capaz. Pero por el simple hecho que sé que eres capaz de mucho más, y no te beneficiaría para nada, y por eso no te quiero impulsar a que gastes tus fuerzas en algo que ni te va ni te viene.

Las risas cesaron y me miró a lo más profundo de mis ojos. Me encogí de hombros pensando que era otra de sus bromas, pero él negó con la cabeza.

- Lo digo en serio. Y sabes de sobra a qué me refiero...

- No. - le corté yo - Lo del piano se acabó.
- Pero no entiendo porque...
- Porque sí, ¿vale? ¿Qué os pasa a todos conmigo hoy? ¿Se me ha olvidado quitarme el cartel de desgraciado que cuelga de mi cuello y siempre me escondo por debajo de la camiseta?

Quise que pareciera una broma, pero no pude evitar que mis palabras revelasen una nota de amargura en mi voz. Roger lo notó y no se rió. Me miró, consternado, y un silencio atronador reinó en la sala.

- No vuelvas a venir tan tarde. Me has dado un susto de muerte. Y ahora castigado a tu cuarto. - dijo él después de un minuto que se me hizo eterno, rompiendo el silencio. Agradecí el cambio de tema, y, aunque había pronunciado la frase con un tono bastante desagradable, supe que era una broma, aunque él no se rió hasta que no vió una sonrisa dibujándose en mi rostro.
- Pues la próxima vez ven tú a buscarme, papá. Y así sales un rato de esta habitación a la que, por cierto, se le ha pegado ya tu olor corporal hasta el punto de impregnarse dentro de las paredes. Anda, ¿eso no lo habías predicho? ¿No habías calculado las probabilidades de que aquí olería a muerto si no te duchabas en un mes?

Me tiró un cojín y me reí mientras cerraba la puerta para usarla de barrera. Me gritó un insulto en francés, porque sabía que yo no lo entendería. No entendía su pronunciación. Tenía una pronunciación *affreux*.

Me metí en la cama sin quitarme la ropa de la calle. Tiré los zapatos con los mismos pies sin incorporarme y me sumí en un sueño profundo...

Sonó el despertador. Eran las siete cero uno de la mañana. Me levanté y lo apague, de mala gana. Me parecía que había dormido poquísimo, como si me hubiera acostado hace cinco minutos.

Me levanté de la cama y sentí como si flotara. Cogí ropa limpia y me dí una ducha. Salí del baño resplandeciente y con el uniforme del bar bien acicalado. Entonces me dí cuenta que eran las siete y media. Que rápido pasaba el tiempo de repente. Me puse los zapatos a la vez que salía por la puerta de mi habitación, empujándola con la espalda para poder pasar, ya que de momento no era un fantasma y no tenía su habilidad de atravesar superficies sólidas.

Eché un ligero vistazo al salón y ví el cuerpo de Roger aún dormido en el sofá. Sonreí para mis adentros y abrí la puerta. No se atasco. Ni una vez. Fruncí el ceño y miré a mi alrededor. ¿Era eso un programa de cámara oculta? ¿Qué estaba pasando?

Me encogí de hombros y me dispuse a bajar las escaleras. Andaba con paso resuelto y con un extraño presentimiento de que sería un buen día. Hice una mueca. Eso no era propio de mí.

Llegué abajo y comencé a poner el bar en marcha. Lo primero, lo primero: cogí mi delantal de la percha en la cual le había dejado la noche anterior, antes de mi emotiva charla con el jefe, y me lo encajé por encima de los omoplatos. Lo ajusté haciendo un lazo con las tiras que me colgaban por detrás. Subí todas las persianas, las cuales no eran pocas, y bajé todas las sillas de sus respectivas mesas. Saqué los postres de muestra del frigorífico y los puse todos en la urna de cristal que era de larga como el mismo mostrador, ya que era parte de él. Abrí el armario donde guardábamos lo menús y saqué de él el cartel de la entrada, en el que se leía: "Raciones, entrantes, platos principales y postres a buen precio." No era muy pegadizo, pero así hacía que la gente pillara la indirecta: "No sabemos ni publicitarnos", ¿cómo quieres que sepamos hacer raciones, entrantes, platos principales y postres que estén buenos y a buen precio? Te quedas con una de las dos o nada. Y te quedas con la segunda."

Salí a la calle y lo coloqué en la entrada. Aspiré el aire abarrotado de una de las calles principales de Roswell, Estados Unidos. El olor a asfalto caliente, motor de coche y gasolina me entró por la nariz hasta quemarme los pelos de ésta y llegarme a lo más hondo de mi cerebro. Me metí de nuevo dentro y le dí la vuelta al cartel de cerrado para que mostrara la palabra abierto; el momento clave del día. Ví que ya habían llegado algunos de mis compañeros. Les saludé con la cabeza y un cordial "buenos días" y me puse detrás del mostrador.

Pronto llegó una chica con la que tenía más relación que con los que habían estado allí desde temprano. Se llama Emma, y es una de las personas más positivas que he visto en mi vida, considerando que trabaja aquí. Saludó a los demás y se puso conmigo detrás de mostrador.

- Buenos días. - le sonreí. Hoy estaba de buen humor, por alguna razón.
- Buenas. - me miró extrañada - Espera , ¿ya te has enterado de la noticia? ¿Por eso sonríes? ¡Vaya! - dió una patada en el suelo - Por una vez que traía una buena nueva. - rió entre dientes de una manera que hizo que me recorriera un escalofrío.
- ¿Qué noticia? ¿Qué pasa? - pregunté, extrañado por su malignidad.

La luz del amanecer se colaba por las ventanas, y de la cocina comenzaba a salir un apacible olor a fritanga. Se apartó la cortina de pelo rubio que le caía por la parte izquierda del rostro para poder mirarme, ya que ésta parecía que la aislaba del resto del mundo, impidiéndola ver lo que había a su alrededor, como si su propio cuerpo hubiera creado una

burbuja en la que resguardarse. Sus ojos pardos brillaban con un tono singular mientras reía, ahora más alto, ante mi incertidumbre, enseñando sus dientes de color perla enmarcados por sus finos labios rosados.

- El jefe se ha puesto enfermo. Hoy no hay revisión. - me respondió al fin. Acto seguido, subió el tono y proclamó por todo el bar: - ¡Hoy no hay revisión!

A eso se debía la charla de la noche anterior; a que tenía fiebre, pensé, pero no lo dije en alto.

Os debo una explicación. De acuerdo. La revisión es... básicamente lo que el nombre indica. Se hace todos los viernes, para comprobar que lo hemos hecho bien durante la semana, y que estamos preparados para el finde, que es cuando más gente viene. Y, claramente, la lleva a cabo el jefe. Pero ese viernes el jefe estaba enfermo, lo cual era indicio seguro de que no tendríamos que soportar las críticas "constructivas" y reproches matutinos que solían salir de su boca como perdigones hacia su objetivo, que, por supuesto, éramos nosotros. Al final era contraproducente, ya que nos desmotivábamos tanto la mañana de antes que no nos esforzábamos en absoluto con nuestros clientes. Pero aquel día era diferente.

A la noticia la acogieron vítores y aplausos. Sonreí e inspiré hondo hasta que el pecho se me quedó de ancho como un elefante recién alimentado. Cuando no pude más, lo eché todo fuera. Ufff. Hoy sería un buen día después de todo.

Nos pusimos en marcha como las buenas hormigas obreras que éramos, con energía y determinación.

Pusimos nuestros clásicos mantelitos de papel, poco impermeables pero con mucho estilo, en todas las mesas del bar. Tenían forma circular, al igual que las mesas, con un borde dorado del que salían ramas que se retorcían y ondulaban creando figuras finas y abstractas sobre un fondo blanco roto. En los pliegues de las ramas había también redondos tréboles de cuatro hojas, de acuerdo con el nombre del bar, que, supuestamente, daban suerte. La suerte no era trabajar allí, ni tampoco efectuar cualquiera de las comidas. De hecho, yo creo que tenían suerte los que pasaban de largo. Como se suele decir, "De suerte contentos, uno de cientos". Así me sentía yo.

En medio del tumulto de ramas serpenteantes y tréboles venturosos, se hallaba el nombre del restaurante, con letra cursiva en la cual los extremos de cada letra hacía las mismas cabriolas que las ramas. En definitiva, era una buena publicidad para el bar "*El trébol de cuatro hojas doradas*" y un mal augurio para los árboles que empezarán a florecer cerca de la central de *Tala de árboles* de Roswell, empresa que nos abastecía de manteles mensualmente.

Colocamos también los menús encima de los salvamanteles, cosa que en el resto de bares hacían en directo cuando se sentaban los clientes en la mesa, pero que nosotros preparábamos de antemano.

Colgamos el resto de carteles que anunciaban los menús del día, los cuales también escribíamos nosotros a mano con tiza sobre una lámina de pizarra desgastada todos los días, los postres especiales de la semana, cocinados por nuestro “maravilloso” chef Doray, y las posibles bebidas y números de contacto para llevarte la comida al felpudo de tu casa. Digo maravilloso entre comillas porque, Doray, es en realidad maravilloso, pero para los platos que quiere. Según él, los platos que servimos no son para nada estéticos y mucho menos saludables, así que decidió hace mucho no esforzarse lo más mínimo hasta que cambiáramos el menú, hecho que todavía no ha sucedido. Pero los postres especiales de la semana cubren una de sus condiciones, y por eso siempre salen de la cocina dignos de un restaurante de cinco estrellas. Lo gracioso es que no ha dejado el trabajo para irse a uno mejor, y no creo que sea porque no cumple los requisitos necesarios. Es un tipo bastante inusual.

Ví como Emma, después de la proclamación del constipado del jefe, se ponía detrás de la caja registradora y empezaba a abrirla y a cerrarla una y otra vez, mientras hacía globos de chicle que impresionantemente nunca se le explotaban en la cara ni la pringaban.

Emma es la que lleva la contabilidad del bar, porque, a parte de positiva, también es muy inteligente. Ella se ocupa de ordenar las facturas de la luz, gas y agua y avisar al jefe de pagarlas, recopilar los gastos mensuales en comida y bebidas y hacer un informe al jefe sobre éstos, controlar los ingresos y ordenar el dinero de la caja, entre otros factores que mantenían la economía del bar.

También es camarera, en sus ratos libres y cuando necesitábamos más ayuda. Pero el jefe la deja las tardes y noches libres para que pueda estudiar, porque, a la vez que hace todo esto, se está sacando la carrera de medicina en la universidad, pagándose con el sueldo que gana aquí. Quiere salvar vidas, y por ello se metió en ese campo. Con todo lo que le debe, Emma no puede negar que el jefe es un tío... peculiar, por no decir otra cosa. No sabemos su nombre. Nos hizo llamarle “jefe” a secas desde el principio. Tiene un problema con la autoridad. Pero ese no es el tema.

El caso es que, Emma, es sencillamente un ejemplo a seguir para cualquier persona que tenga una meta o al menos quiera hacer algo productivo con su vida: trabaja duro todos los días haciendo todo lo que puede y más, persigue sus sueños cada instante que pasa y se acerca mucho a cumplirlos, y es la clase de persona que siempre verás con una sonrisa que te anime el día. Tampoco había dejado a sus padres pagarle la uni, ya que estaban justos

de pelias, cosa que si hubiera hecho no estaría aquí y todo le habría resultado más fácil. Todos deberíamos ser como ella. Al menos, todos deberíamos admirarla. Yo la admiraba por no dejar que nadie la dijera hasta donde podía llegar. Nadie. Y también sé que, algún día, más cercano de lo que creemos, cumplirá sus sueños.

Pronto, el bar bullía de actividad. La clientela comenzó a entrar a la vez que terminábamos de hacer todas las tareas matutinas. La ciudad estaba en coordinación con nosotros, y, eso, nos sentó bien, aunque ninguno de mis compañeros lo reconocería en voz alta.

Observé como las mesas comenzaban a llenarse frenéticamente, como si lo viera todo a cámara rápida. Terminé de atender a una pareja que me pareció encantadora, lo cual nunca me pasaba, y me fui a la barra, esperando algún nuevo cliente con ganas de saborear lo que se servía en el infierno. Me apoyé sobre los codos y empecé a jugar con el boli con el que apuntaba los platos que la gente quería degustar por los dedos. Era algo que se me daba extrañamente bien. Aunque, si lo pensaba, no era tan extraño. Después de todo, yo quise ser pianista en su día.

Estuve así un rato, perdido en mis pensamientos y sin detener el ritmo que llevaba el boli deslizándose por mis dedos. De repente me dí cuenta de que una clienta me miraba, entre maravillada y expectante. Cómo me dí cuenta sigue siendo un hecho inusitado para mí, porque nadie me llamó la atención, ni tampoco me espetó que la hiciera caso la mujer que en ese momento me miraba con chiribitas en los ojos. Era como cuando te das cuenta de que la ventana de tu habitación está abierta y por ella entra un aire gélido, pero no sabes como te has dado cuenta ahora y no antes, ya que te estaba entrando una hipotermia. El caso es que solo s que lo hice, y por eso me acerqué a ver si le ocurría algo o si había solicitado mi servicio y yo, sumergido en mis ensoñaciones, no me había dado cuenta inconscientemente. Me metí el boli en el bolsillo, interrumpiendo los semicírculos que simulaba alrededor de mis dedos, y noté en los ojos de la mujer un brillo de decepción. Llegué a su mesa y la encontré mirando fijamente el bolsillo donde me había metido el boli y la mano con la que lo había barajado, intermitentemente pasando su mirada de un elemento al otro. Carraspeé y conseguí captar su atención un momento antes de que volviera a producirse el mismo encontronazo de su mirada con el paradero del bolígrafo. Me bastó con eso.

- Buenos días. Disculpe la impertinencia, pero, ¿necesita algo? - aventuré, con el tono más formal que pude sonsacarle a mi voz.
- De hecho... - apartó por fin la mirada del bolsillo y me miró a la cara, con expresión ausente - ... de hecho, sí. Necesito que repitas el movimiento que llevas haciendo

durante catorce minutos con ventiséis segundos con el boli en la barra. ¿Cómo te suena eso? - sentenció, con voz amortiguada pero muy seria y decidida. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral cuan larga era.

- ¿Me... me ha estado observando? - dije, receloso de la respuesta que iba a obtener. Dios, el día me parecía cada vez más un programa de cámara oculta.
- Sí, en efecto. - respondió, sin darle mucha importancia al hecho de que fuera una acosadora que hasta contaba los segundos que espiaba a sus víctimas, o al menos no pareció que se la diera. A mí, en cambio, se me erizaron los pelos de la nuca como corales de la Gran Barrera de Coral de Australia. - Bueno, ¿vas a hacer lo que te he pedido?

Varios compañeros que servían mesas cerca de la nuestra se pararon a observar la escena. La mayoría de clientes les imitaron, enterados al ver que no les llegaba su comida y al buscar a qué se debía aquel ultraje. Emma dejó de contar billetes en la caja. Hasta el chef salió de la cocina, intrigado por el completo silencio que se había apoderado del bar. Personas que pasaban casualmente por la calle se pararon a mirar qué pasaba, preguntándose si éramos maniquís o aquello era un flashmob, ya que todos estábamos demasiados quietos, con la atención fija en la señora y, ejem, en mí. Antes había dicho que la mayoría de clientes se habían quedado mirándonos, ¿no es así? Pues ahora todo el bar por completo nos miraba enmudecido y hasta escuché como los latidos de sus corazones se ralentizaban por momentos. La mujer sin embargo parecía ajena a todo aquello, y seguía mirándome como si su vida dependiera de que yo hiciera malabarismos con el estúpido boli. Con todo, debo decir que me pareció una cualidad envidiable, que aunque estuvieras muriéndote por dentro, pudieras seguir con tu fachada de emprendedor. Ella, por ejemplo, se acababa de despertar de una ensoñación, como yo, pero seguía pareciendo igual de segura de lo que estaba diciendo que si acabara de recibir un chute de energía y estuviese vigorizada. Solté una carcajada desesperada, y me atreví a preguntar:

- ¿Qué?

Soltó un suspiro de exasperación y puso los ojos en blanco. Apartó la mirada y la centró en su café. Bebió un sorbo de éste y acto seguido volvió a mirarme, con una mirada cansada e impaciente.

- ¿Te pasas todo el día acumulando platos y nombres de bebidas en tu cabeza y no puedes hacer hueco para procesar una simple petición? - abrí la boca para decir algo, pero me dí cuenta a tiempo que no tenía ni idea de que contestar y la cerré, avergonzado. No sabía porque aquella extraña mujer me estaba pidiendo cosa semejante. ¿Sería por qué no la había atendido antes porque estaba completa e

incompetentemente empanado haciendo el movimiento con el boli y ahora me lo hacía pagar así? Seguía sin entenderlo. - ¿No? ¿Nada? - insistió, mirándome con desdén desde detrás de sus pestañas postizas de un kilómetro y medio de largo.

Miré a mi alrededor en busca de ayuda, y varios compañeros me instaron que hiciese lo que me pedía, entre ellos Emma. Todo el bar contuvo el aliento como si fueran uno cuando me saqué el boli del bolsillo y me lo coloqué en los dedos. Empecé con el movimiento de antes, y fui cogiendo velocidad mientras la mujer me miraba con una profunda aprobación. Seguí así unos minutos más, hasta que decidí que ya era suficiente. Lo paré y lo metí de nuevo en el bolsillo. Estuve tentado de hacer como si lo lanzara fuera para comprobar si la mujer lo seguía, porque no le perdía la pista, recorriendo los surcos que dejaba con sus radiantes pupilas. Decidí que no era el momento. Por fin, bajó su mirada al suelo, notablemente pensando en algo importante. Los clientes y camareros seguían mirándonos, y a ninguno parecía importarles que los platos por los que habían pagado se les quedarán fríos en manos de éstos.

- ¿Y bien? ¿Ya se ha quedado a gusto? - pregunté a la señora con tono condescendiente, obviamente intentando molestarla. No se inmutó. Siguió mirando el suelo con una sonrisa siniestra congelada en el rostro. Después de unos segundos que se me hicieron eternos, con total despreocupación añadió:
- Tienes un talento natural. Y por ello quiero proponerte una posibilidad que te abrirá las puertas del mundo VIP de par en par y con la que se te reconocerá como un talento multimillonario. ¿Cómo te suena eso?

Me quedé sin aliento. Noté como me fallaban las piernas y la garganta se me secaba a una velocidad espeluznante.

¿Acababa de decir multimillonario, VIP y talento natural en una misma frase refiriéndose a mí? Definitivamente, esto era un programa de cámara oculta.

Conseguí que las palabras brotaran de mi boca con cierta dificultad.

- ¿Lo dice en serio? - reí sin ganas para desatascar los nervios que se me habían acumulado cuales mariposas en el estómago.
- Muy en serio. - terció ella, sonriendo de oreja a oreja como si acabara de encontrar América. Ese pensamiento me agobió, sin saber por qué, ya que era lo que siempre había deseado.
- Yo... - miré a mi alrededor buscando ayuda, de nuevo. Todos mis compañeros se habían quedado sin habla, incluso Emma, que nos miraba ensimismada. Por una vez que de verdad necesitaba que hablaran.- ...yo... me parece una... gran... idea. - conseguí contestar, con cierto temblor en la voz.

- Bien. - se levantó y me tendió una mano, la cual acepté casi sin darme cuenta. - Soy Jenny Andrews, presentadora del programa de televisión "*Los talentos del futuro*", - se oyó un gritito ahogado y un intento de comienzo de aplauso retumbante, pero todos estábamos demasiado alucinados como para darnos cuenta de que debíamos seguirle. A ella no pareció importarle. - y tengo el placer de anunciarte que... ¡estás dentro del programa de la generación del 2020, es decir, este año!

Ahora sí. Los aplausos llenaron el bar a una velocidad aplastante. Sentí que el pulso se me aceleraba. Mis compañeros me daban palmadas en la espalda felicitándome por encima de la multitud. Pronto noté el peso de Emma en mi espalda, que había venido corriendo desde el mostrador, dándome un abrazo y susurrándome "¡Si, si, si! ¡Sabía que ibas a ser alguien importante!"

El estupor se apoderó de mí, y solo pude quedarme ahí plantado, recibiendo felicitaciones por los cuatro costados e intentando no perder el equilibrio. Jenny, que seguía en frente mía y se había unido a los vítores y aplausos, se reía y me miraba asintiendo. No podía ser verdad. Pero era verdad. No era un programa de cámara oculta. Estaba sucediendo. ¡Al fin! Bueno, digamos que no era exactamente por lo que pretendía hacerme famoso, pero no era un mal comienzo.

Mis compañeros me dieron el día libre (hecho que no tengo muy claro que en realidad pudieran hacer), y subí las escaleras corriendo para contárselo a Roger. Recibió la noticia de la misma manera que había dejado abajo. Hice la maleta con su ayuda ya que, por la noche, Jenny me había dicho que un taxi me vendría a buscar para llevarme a un hotel, y de ahí, la mañana siguiente... ojo... ¡viajaríamos en mi avión privado! Estaba exaltado. Me sentía increíble. ¡Pero era creíble porque era cierto! No me costó mucho trabajo hacerla: la mayoría de prendas que tenía eran del uniforme del bar. Definitivamente, iba a necesitar un buen cambio de armario, porque al aterrizar MI avión privado me esperaba la gran ciudad... ¡Nueva York!

El taxi llegó a la hora prevista. Salieron todos a despedirme; menos el jefe, no le ví el pelo en todo el día, y supuse que sí que le había llegado la noticia, ya que aquí esa clase de cotilleos corren como la pólvora. No me extrañó.

Mis compañeros del bar fueron los primeros en despedirse, sin querer perder su turno para pedir que me hiciera una foto con ellos por si "luego resulta que ganaba algo". Les seguía la clientela de aquella mañana, entusiasmada porque alguien famoso saliera de esa ciudad que no fuera de otro planeta. Ya sabéis; lo que es vivir en Roswell. Emma y Roger se despidieron de mí los últimos, con unas bonitas palabras que me deparaban muy buena suerte y alegría.

Jenny se metió en el taxi conmigo y cerró la puerta detrás de nosotros. Bajé la ventanilla y me despedí de nuevo de mis compañeros ondeando la mano al viento dándome mucha importancia, como si me hubiera convertido en el rey del mundo de la noche a la mañana. Nos quedamos un momento a oscuras antes de que el coche comenzará a moverse y las luces de la ciudad nos iluminarán los rostros. Cuando iluminó el de Jenny, pude ver lo atractiva que era, cosa en la que por algún motivo no me había fijado antes.

Era una mujer negra, de ojos pardos como la noche y pelo alborotado y constituido por rizos bien comprimidos que le caían a ambos lados de la cabeza. Llevaba un mono azul oscuro con hojas de colores fosforescentes, entre ellos el amarillo, el naranja y el verde, que se acumulaban en los bajos de éste. El mono le llegaba por encima de los tobillos, y el resto de los pies los enfudaban unas Converse de cuña alta del mismo amarillo que él de algunas de las hojas del mono. De las orejas le colgaban unos pendientes de aros plateados en los que podría haber metido mi puño y seguido de él mi brazo entero sin necesidad de levantarme de mi asiento. Llevaban un colgante que se le ajustaba al cuello con estrellas de intercalados tonos de platas y dorados. Sus labios estaban coloreados con un rojo metálico, y los ojos sombreados levemente por un color carne clarito. Los tenía perfilados con un grueso borde que acaba en punta, como los ojos de un felino. Parecía estar apunto de cantar: "*Who run the world? Girls.*", y estaba inequívocamente seguro de que era así.

- Bueno, ahora toca la charla que es muy probable que te arruine la noche. - me dijo de pronto, con una media sonrisa tímida de circunstancias. La miré, desconcertado. Con la verdad por delante diré que mi mente no vió posibilidad alguna de que algo pudiera arruinar aquel momento de euforia. ¿Qué clase de meteoro destructivo podría arruinar ese momento? Se asemejaría mucho al que extinguió a los dinosaurios. O peor. Contuve el aliento haciendo antesala al impacto. - ¿No estarías pensando que, en un concurso, en el cual la idea principal es que tienes que COMPETIR, (de ahí el nombre) ibas a estar tú solo? - rió con la típica risa contagiosa y agradable de escuchar que solo te puede hacer sonreír. - No amigo; esa clase de concursos en los que tienes que competir contra ti mismo todavía no se han inventado. - rió otra vez y la imité. De repente me dió un codazo, con los ojos muy abiertos y sin parar de reír. Recé para mis adentros que no se le salieran. - Oye, pero podrías inventarlo tú. ¿Cómo te suena eso?

Nos reímos de nuevo, tambaleándonos por el vaivén del coche ante los baches de la autopista 285 y el sube y baja de nuestro diafragma. Después de un rato de silencio absoluto, reponiéndonos de nuestro ataque de risa pegajosa, continuó dictándome la predicción de mi angustia matutina.

- A lo que iba es que, para poder ganar, hay que conocer a tus adversarios. Así que aquí tengo... - rebuscó en su bolso y sacó unos papeles muy bien ordenados con una grapa en la esquina izquierda de todos ellos, pegándolos como lapas. - ... la lista de los tuyos. Los nombres de tus contrincantes. De las personas a las que miraras a los ojos para intimidarlas, desafiante. La gente a la que verás perder; o ganar, tu sabrás. - estiró los papeles con un golpe seco. - La competencia impresa. - Sacó una gafas con montura de gato, las que toda presentadora que se precie debe llevar siempre en el bolso. - Empecemos... están clasificados por orden de llegada, por eso tú eres el último... vale... Ximena Chuan. - anunció, con voz de predictora meteorológica. - Puede hablar debajo del agua y se le oye lo que dice desde fuera perfectamente... ¡vaya! Eso es bastante alucinante...

Me leyó los nombres de todos ellos, y sus especialidades, que eran la razón por la que estaban en el programa. Me impresionaron todos mucho y me empecé a sentir insignificante, como si fuera poca cosa. Parecía que me hubieran cogido para el papel del perdedor. Sí, se notaba bastante que me habían cogido para que ocupara el último puesto.

Llegamos al hotel. Jenny se despidió de mí, y se metió en la habitación contigua a la mía. *Así se enteraría de si roncaba por la noche para poder sacarlo en el programa*, pensé. Me metí en mi habitación correspondiente, la 31, cerrando la puerta de un portazo y dejándome caer en la cama. Me puse la almohada rodeandome la cabeza, para aislarme del mundo. Solo tenía un pensamiento en la cabeza: no pensaba perder. Bajo ningún concepto. Iba a ir ahí y arrasar. Se acabó lo de la *ley del mínimo esfuerzo*. Se acabó que la gente solo viera en mí un chaval fracasado y deprimido por ello. Iba a demostrarles a todos a lo que de verdad podía llegar, como había dicho Roger. Aunque fuera un programa estúpido de televisión barata. Tenía un plan. Y no pensaba roncar aquella noche. Me acabe durmiendo con todos esos pensamientos rondándome la mente, como un tiovivo iluminado por la ilusión de un niño...

Llegó la mañana siguiente mucho antes de lo que esperaba. Abrí los ojos y me levanté de un salto como si fuera un peso pluma, vacío, pero a la vez lleno de iniciativa. Me había adelantado a la hora, así que cogí el despertador de mesilla que me había traído del apartamento entre las manos y esperé a que sonara. Los rótulos cambiaron de 5:59 a 6:00 a.m a la vez que sonaba ese horrible pitido que tiene todos los despertadores. TODOS. Estoy seguro de que hacen ese pitido a propósito para que te peten los oídos si llegas tarde. Me apunté que, desde ese momento, uno de mis mayores objetivos en la vida, entre otros,

sería entrar en una fábrica de despertadores al estilo *poli bueno poli malo* para interrogar a los fabricantes sobre en qué método de tortura se habían basado para crear aquel pitido mortífero.

Era un buen día para hacer propósitos. Me habían dicho que aquel día conocería a mi manager. Le iba a dar algo más que lo que el resto esperaba; el perdedor. Guardé el despertador en mi maleta, y, de una zancada, alargué el brazo para coger el traje que me habían depositado en la butaca de la habitación para el viaje a Nueva York. Me metí en el baño y me duché, con todos los geles de absolutamente todos los olores que te puedas imaginar, embudidos en pequeños botecitos, en fila en el borde del plato cuales soldaditos de plomo. Me quedé muy fresquito y, olorosamente hablando, bendecido. Me eché unas cremas que descansaban sobre el lavabo y me puse el traje. Después saqué un peinecito de su respectivo envoltorio de cartón con el logotipo del hotel y me peine el pelo de lado, para darle un toque moderno y renovador. Salí del baño, dejando un rastro de vapor de agua a mi paso, y me dirigí de nuevo a mi maleta. Saqué de ella una colonia y gomina, procedentes de la cartera de Roger que había insistido en comprar. Me puse ambas, y después la cerré del todo.

Abrí la puerta de mi habitación y le dí la tarjetita que hacía de llave de ésta al de servicio que me esperaba fuera. Me encaminé por el pasillo con paso resuelto, sin pararme a cerrar la puerta ni a dar los buenos días a Jenny, que se encontraba mirando su móvil en la entrada de su propia habitación. En mi cabeza resonaba a todo volumen la canción de disco más marchosa que puedas encontrar. El pelo me ondeaba en la cabeza mientras avanzaba y todas las miradas de la gente que se encontraba en el pasillo se posaban en mí. Me sentí poderoso, como si estuviera viviendo mi propia escena de Hollywood; la clase de escena que deja a cada uno de los presentes en el público con la boca abierta y los ojos desorbitados de la emoción. Sonreí con desdén. Lo estaba consiguiendo.

Jenny, confundida, entregó el móvil a su asistente y me siguió, a toda prisa. Me paré al notar su presencia a mi lado. Me miró, incansablemente sonriente. Su mirada buscaba una explicación. Me seguía intimidando. Tragué saliva y sonreí, disimulando mi amedrentamiento.

- Ah, hola. No te había visto. - dije riendo grácilmente, con el tono más solemne al que podía llegar en ese momento. No le molestó en absoluto, pero enarcó las cejas asemejándose al *Arco del Triunfo*.
- Ya veo... - me miró durante unos segundos más antes de sacudir la cabeza y sonreír, medio riéndose de mí, medio riéndose de ella misma. - Bueno, te quería decir que estás deslumbrante. Lo vas a bordar. - me dió un golpecito en el hombro.

Me quedé mirando el lugar donde nuestras extremidades se habían encontrado. Acto seguido subí la cabeza en un movimiento que la sobresaltó y dije simplemente:

- Lo sé.

Se me quedó mirando, supuse que intentando conciliar el hombre de la noche anterior que se reía de sus propias burlas con el que se encontraba esa mañana delante suya. No la di tiempo a reaccionar, porque me di la vuelta y me dirigí al ascensor. No me siguió tan de cerca como antes. *Porque yo también la intimidó*, pensé en su momento. Más quisiera.

Llegamos al aeropuerto a las siete y el embarque fue rápido. No tuvimos que esperar demasiado. Claro que es lo que tiene ser el propietario de un avión privado para ti solito. En el viaje nos ofrecieron todo tipo de revueltos de frutos secos, bebidas de frutos del bosque embotelladas, canapés y, el clásico, patatas fritas. Los azafatos eran muy agradables. Jenny siempre daba las gracias, y yo la imitaba, claro. En esta vida hay que ser seguro de uno mismo y tener la autoestima alta, pero no borde ni creído, ni que la autoestima se convierta en ego. Hay una finísima línea que los separa, y la que, por supuesto, no se debe cruzar a no ser que sea de vuelta al buen lado.

El vuelo duró seis horas aproximadamente. A las dos menos veinte de la tarde ya estábamos en el hotel de Nueva York, descargando las maletas. Era uno de los hoteles más caros de la ciudad, con un nombre que ni siquiera sé pronunciar y mucho menos deletrear. A mi me había tocado una de las suites, como al resto de concursantes a los que ya me habían avisado que no conocería hasta el programa.

En el baño había una bañera de oro macizo, la cama estaba adornada con doseles dorados, y los ventanales que descasaban en la pared del salón te permitían ver toda la gente que se movía por debajo tuya en la ciudad; bueno, todos los detalles que puedes ver desde un piso catorceavo. Lo peor es que, literalmente, se movían por debajo tuya: cualquier persona que estuviera a esa hora en la calle era alguien que necesitaba hacer algo para ganar dinero. Trabajar, o hacer de estatua en la calle, depende de los medios. Se dice que ya no existen las clases sociales y que todos somos iguales, pero, ¿cómo es entonces que yo me bañé en una bañera de oro mientras hay gente que se muere de hambre? Es decir, ¿no podría comprarles comida a todos ellos con el dinero que costaba la bañera? ¿Qué sentido tenía bañarse en oro si había gente que no podía ni permitirse darse un baño? No es justo que haya pocos con mucho, y muchos con tan poco.

- Toc, toc, toc. - Jenny estaba apoyada en la puerta de mi suite, que me había dejado abierta, y me sonreía desde fuera. Yo, apoyado en el marco del ventanal, salí de mis

ensoñaciones y me erguí, dirigiéndole una sonrisita avergonzada. - ¿Se puede? - preguntó.

Le indiqué con la cabeza que pasara, aunque no avanzó mucho. Se quedó a unos metros de la puerta y le echó una larga mirada a la suite. A ella también le había tocado una.

- Bonita, ¿eh? - me dijo, pasando la mirada por las lámparas doradas que descansaban sobre el cabecero de la cama de 1,80. - Cuesta más que todas las casas juntas a un kilómetro a la redonda. - sentenció, orgullosa.
- Pues entonces con este dinero podríamos asegurarles casas a familias a un kilómetro a la redonda. - sentenció, muy serio.
- ¿Qué...? - se sonrojó ella.
- Déjalo. - la interrumpí. Obviamente lo entendía. Otra cosa es que no quisiera hacerlo, y no pensaba perder mi tiempo con eso.
- Bueno... - empezó tímidamente, después de unos segundos de silencio total. - Solo quería avisarte de que me voy y no me verás hasta que no estemos en el plato la semana que viene. - esperó que reaccionara, quizá con pena o una mínima nota de nostalgia, pero me limité a hacer una mueca. No estaba de humor para dramatismos después de lo de la reflexión de la bañera. Se encogió de hombros como preguntándose para qué me habría cogido como talento, y se dispuso a salir por la puerta. Pero antes de salir, se dio la vuelta con fiereza y volvió a hablar. - ¡Ah! Casi se me olvida. Tu manager te espera abajo, en la entrada. - asentí. Se quedó mirándome y volteó la cabeza, extrañada. - Bueno, pues eso es todo... *Ciao*. - se despidió con un movimiento de mano y esta vez sí que salió por la puerta.
- Adiós. - la despedí yo, pero me extraña que me oyese.

Bajé al vestíbulo y, en efecto, allí encontré a mi manager. Se llama Leo Pardo. Sí, tiene gracia, ¿verdad? A mi me costó no reírme o decir algo como: "Sí, ya. Y yo soy Orni Torrinco. Mis amigos me llaman Orn.". Le reconocí por la insignia que llevaba en la chaqueta del programa. Y también porque se me acercó gritando "¡Por fin! ¡Has tardado la vida y media en bajar, *monsieur!*", y solo me quedó atar cabos.

Llevaba el pelo peinado hacia atrás, teñido de plateado y acicalado con una buena dosis de laca. Bueno, buena solo para el peinado, porque no para el planeta. Pero eso es otro tema. Las lámparas colgantes de diamantes que se encontraban en el techo le arrancaban destellos al pelo y a las cadenas que llevaba colgando de su cuello con sus iniciales. El traje le conjuntaba con el color de su cabello, que supuse que era el punto de partida para crear cada uno de sus conjuntos, y los zapatos negros brillantes le daban un aire de magnate.

Me explicó su plan para, según él, “llevarme directo al estrellato en cuestión de dos programas”. Me apiadé de él. Seguro que le habían cogido para que, si no perdía ya de por sí yo solo, él me hiciera perder.

Ese día también conocí a mi entrenadora. Se llama Mad Kahlo, y tiene absolutamente TODOS los músculos del cuerpo tonificados. También hace footing hacia cada lugar al que va. Por ejemplo, si quiere ir a tomarse un café. Una persona normal hubiera ido caminando tan tranquila, ¿no? Pues resulta que no. Ella dice que va corriendo, porque así hace deporte, que es necesario hacer por lo menos una hora al día si te reconoces como una persona sana, y además llega más rápido. En resumen, no le gusta perder ni la forma, ni el tiempo. Ella me explicó que debía poner en forma los músculos de las manos para las pruebas que se me presentaran. Me iba poner gráficos y a establecer horarios para hacer esto posible, para que al menos estuviera listo para el primer programa, ya que yo había llegado de improviso el último, mientras que el resto habían tenido más tiempo para prepararse. Yo tuve que procesarlo todo (que me habían reclutado en un programa de talentos, tenía que hacer las maletas, despedirme de familia y amigos y etc.) en menos de un día. Así que me esforcé como el que más.

Estaba ocho horas diarias metido en el gimnasio, y, cuando salía, seguía practicando en la habitación y más o menos en cualquier sitio con el boli. Era el mismo que había usado en el bar para actuar frente a Jenny, y por eso lo llevaba siempre encima. También lucía siempre encima unas ojeras espeluznantes, porque usaba las noches para practicar respuestas de entrevista, sonrisas y muecas graciosas en el espejo.

Llegó el día de la entrevista. Mi chófer (sí, también tenía uno propio) me llevó al plató, donde me esperaban una agrupación de periodistas de un tamaño considerable. Les saludé con una de las sonrisas que había estado practicando y me adentré en el parking. Al salir del coche, subí el tramo de escaleras que me separaban del programa y de mi lanzamiento a la televisión. Ya que, si los periodistas me esperaban con tanta ímpetu era por una razón: era la primera vez que se me veía fuera del hotel. Era “*El nuevo talento oculto*”, como me llamaban los artículos de los periódicos, todos con los huecos de las fotos vacíos, claro. Leo me había dicho que así me publicitaría. Me pareció un movimiento acertado, así que le hice caso. En eso.

Entré en los camerinos y ví que llegaba el último. El resto de talentos ya se encontraban allí, y estaban sumidos en una conversación muy entretenida. Enmudecieron cuando me vieron llegar. Sabían quién era yo, y yo sabía quiénes eran ellos. Me fulminaron con la mirada y yo se la devolví; ojo por ojo. La tensión se acumulaba a cada segundo que pasaba en la habitación y se podía cortar con un cuchillo de untar mantequilla.

En cuestión de minutos estábamos en el aire, y los talentos entraban en el plató con paso resuelto y saludando al público. Yo iba, de nuevo, el último, en parte porque íbamos ordenados por fecha de nuestro reclutamiento en el programa, y en parte para generar más intriga al público. Tenía un nudo en el estómago que no era capaz de hacer desaparecer, y las manos me sudaban ríos. El programa se emitía en una pequeña televisión que habían colocado en los bastidores, y cuando ví que el penúltimo talento ya se había sentado, una arcada me subió por la garganta. Jenny comenzó mi presentación con una voz potente, asegurando así al público de que venía algo que prometía.

- Y ahora, entrara por esa cortina de terciopelo morado el talento que ha llegado más recientemente al programa. Viene de España, Boadilla del Monte, pero le encontramos trabajando en un bar de Roswell. ¡Qué viajero! - el público emitió algo parecido a una risa natural. Me erguí y respire hondo. - Tiene el don de los dedos ágiles y los reflejos rápidos. ¡Sin más dilación, les presento al nuevo talento oculto! ¡Michael Gallego, señoras y señores!

El público estalló en aplausos. Respire de nuevo y me adentré por entre las cortinas, hasta quedar deslumbrado por los focos televisivos del plató.

* * * *

Estábamos en la última ronda. El último programa. Los últimos veinte minutos en los que se decidiría todo. Solo quedábamos dos: Virginia Matute, que tenía el talento de leer libros del revés, desde el final hasta el principio, y entenderlos perfectamente, y yo. Era la última prueba. Debíamos demostrar como habíamos desarrollado nuestros talentos a lo largo del programa en los veinte minutos restantes.

Decidí hacer malabarismos con el bolígrafo, con golpes veloces y firmes. Virginia había decidido coger una revista de la mesa del programa y la había “comenzado” a leer desde el final. Sabía sus intenciones. Pero, por desgracia para Virginia, tenía buen coco, pero no suficiente aceleración en los ojos.

Yo seguía, impenetrable, con mi boli bic negro deslizándose por mis dedos. Era el mismo que había usado aquel día ante Jenny. Parecía que hubiera pasado mucho, mucho tiempo. El caso es que lo había hecho. Cuatro meses de gimnasio, entrevistas, gimnasio, programas, gimnasio, pruebas de vestimenta, gimnasio, visitas de Roger, Emma y familia, gimnasio. Si, me lo había currado, y por ello había conseguido llegar hasta allí. Sin embargo, se me habían pasado bastante rápido.

Se acabaron los veinte minutos. No me dí cuenta de ello hasta que sonó el timbre de finalización. En cambio, Virginia parecía haber estado muy atenta al reloj, porque no paraba de echarle miradas de terror a la cuenta atrás.

- Y bien, Virginia. ¿Nos puedes contar de qué va la revista? ¿La revista al completo? ¿Cómo te suena eso? - la preguntó Jenny, con cara de circunstancias, viendo que iba solo por la mitad de ésta. Remarcó mucho las palabras “al completo”. A Virginia se le llenaron los ojos de lágrimas, y me apiadé de ella. Estuve tentado de susurrarle de que iba la revista, pero no me había leído ese número. Hice una mueca. No me gustaba ganar viendo que los demás perdían sufriendo.

Con todo, Virginia hizo acopio de fuerzas. Se sorbió los mocos y contestó:

- Es una revista muy interesante. Trata de los colores de moda de esta temporada, las tiendas donde comprarlas, y sorteos por internet en los que puedes ser el afortunado al que le toque. Entre otras cosas. - pasó el dedo por el tajo de hojas que no se había leído, pesarosa.
- ¿Qué otras cosas? - inquirió Jenny, echando una significativa mirada al público que, la mayoría de las veces se enteraba antes de lo que sucedía que nosotros mismos, los talentos.
- Pues... - Virginia abrió levemente las hojas del principio para ver el índice, con la vaga esperanza de que no se notara.
- Eh. - Jenny la detuvo con un gesto de su mano sin siquiera tocarla. Virginia hizo un mohín, pero se irguió y sonrió, incansablemente pasiva y alegre. Me alivió que al menos no montara un drama que estuviera circulando por las revistas todo el mes, por su bien. - No puedes mirar. Bueno... pues, lo siento Virginia, pero quedas descalificada. - la fanfarria que sonaba cuando alguien perdía resonó por todo el plató. - Ha sido un placer.

Se me secó la boca. Virginia asintió, se levantó y le dió la mano a Jenny, con otro mudo asentimiento. Jenny formuló las palabras “lo siento” con los labios, gesto que Virginia apartó con un movimiento despreocupado de la mano. Yo las miraba, como si no fuera parte de la escena. Pero si que lo era. Y una parte muy importante.

Debería haberlo supuesto antes, pero sencillamente no me lo creía. Pensaba que aunque fallara, le darían a ella el premio. Pero no. Era increíble. Significaba que, como Virginia había sido descalificada y solo quedábamos ella y yo... ¡había ganado! ¡Lo había conseguido!

Me imaginé a mi familia, a Roger, Emma, Leo y Mad, quienes habían sido mi verdadero apoyo, dando saltos de alegría en algún lugar de público. Les busqué con la mirada, pero no les pude encontrar porque, sin quererlo, se me habían llenado los ojos de lágrimas y por ello la vista se me había nublado. Miré a Jenny, quien me devolvió la mirada a su vez, sonriente.

- Creo que ya tenemos un ganador. - se levantó, se colocó a mi lado y me cogió la mano. Yo la miraba, anonadado. Me levantó y subió mi brazo hasta que quedó

vertical cuan largo era por encima de mi cabeza. Apartó la mirada de mis ojos y proclamó al público, con un sonoro golpe de voz: - ¡Démosle un fuerte aplauso a nuestro nuevo ganador! ¡Michael Gallego, señoras y señores!

El aplauso del público se deshizo en una nube de humo.

* * * *

De repente tenía los ojos cerrados y estaba tumbado. Me los restregué con los puños, pensando que es que tenía una fuerte resaca después de la fiesta de celebración por mi premio, y me incorporé apoyándome en los codos.

Por poco me caí de la cama del susto. Porque resulta que la cama sobre la que estaba no era la del hotel de Nueva York. No. Me encontraba en Roswell, en mi apartamento, con el uniforme del bar todavía puesto.

Me levanté de un salto, mirado a mi alrededor, en busca de respuestas. Barajé varias opciones: quizás después de la resaca me hubieran traído aquí. Sí, seguro que era eso. Pero tenía que asegurarme, así que decidí lo más sensato. Abrí la puerta de mi habitación, y fui corriendo al sillón en el que descansaba Roger. Le zarandeeé con ímpetu y él me respondió despertándose y dándome un manotazo.

- ¿Se puede saber qué te pasa? - me preguntó, con voz ronca y molesta. - ¿Se puede saber que te he hecho?
- Roger, escúchame, ¿de acuerdo? - él enmudeció y asintió al instante, aturdido por mi seriedad. Se incorporó y me miró, ahora él serio también. - ¿Acabo de ganar el concurso de “*Los talentos del futuro*” con el primer puesto?

Él negó con la cabeza, muy despacio.

- Vale. - dije.

Sin decir una palabra más, me fui a mi habitación, andando haciendo eses. Cerré la puerta tras de mí, y me senté en la cama, con la cabeza entre las manos.

Todo había sido un sueño. Era extraño, pero no me apenó que no fuera realidad.

Sencillamente no me lo podía creer. Había parecido tan real...

Y podría serlo, apareció una voz en mi mente.

Sí, podría serlo, si te esforzaras más. Ya sabes, como en el sueño, dijo otra. No sabía que las voces de mi cabeza se hubieran vuelto tan sabias de la noche a la mañana. O quizás el sabio era yo...

Las hice caso. Y eso deberías hacer tú. Me puse un uniforme limpio, esta vez de verdad, y salí por la puerta como un cohete. Llevaba las zapatillas en una mano; ya me las podría por el camino. Comencé a abrir la puerta, la cual se atrancó, y sonreí para mis adentros. Esto sí que era real.

Gracias a eso, Roger, quien se había levantado del sillón preocupado por mis alucinaciones, tuvo el tiempo suficiente para pararme cogiendome por el brazo.

- Tío, ¿a dónde vas? ¿Estás bien? ¿Qué planeas hacer un domingo por la mañana que tienes LIBRE con el uniforme del bar? - remarcó mucho las palabras “libre” y “uniforme del bar”.
- Tengo una nueva meta.

Él se me quedó mirando, y de pronto comprendió. Sonrió de oreja a oreja y, sin darle tiempo a nada más, salí de la casa con una sonrisa tonta estampada en la cara. No tenía ni idea de que iba a hacer, ni adonde iría, pero sabía que iba a ser algo importante. Todos tenemos un rol importante en esta vida, lo único que tienes que hacer es encontrar el tuyo. Yo ya lo había hecho. ¿Qué hay de ti?

PRÓLOGO

Le ví risueño. Bajaba las escaleras de dos en dos, con el uniforme del bar puesto, aún conociendo que no le tocaba trabajar hoy. Lo sabía porque tenía controlados los días laborales de cada uno de mis empleados, para poder saber con exactitud cuando alguien faltaba.

No se percató de mi presencia. Me lo tomé como una buena señal. Iba a lo que iba, y punto. La charla de la noche anterior le había sentado bien. Había conseguido establecer contacto físico con él, gesto que había hecho posible la conexión. Se había dormido enseguida, también por el supor que les producía nuestro tacto. Y el hecho de haber puesto a sus amigos y familia en el sueño lo había hecho más real. También me había divertido creando a los personajes imaginarios, como la presentadora, el manager, o la entrenadora. Me lo tomé como un punto a favor para mí.

No me había podido añadir a mí mismo, porque no me tenía tanta estima, pero no me preocupaba en absoluto. En la cabeza de Michael, yo era un tipo amargado y plasta que no hacía otra cosa que amargarlos también a ellos. Seguro que veía muy probable que no hubiera ido a verle cuando le “reclutaron para el programa”. Reí.

Me metí de nuevo en mi apartamento. Total, tenía tiempo. Solo me quedaba algún que otro empleado más por convencer, y ahora ninguno estaba despierto. Aunque yo no trabajaba cuando ellos estaban despiertos.

Me dejé caer sobre la cama, agotado; una noche entera en vela pasa factura. Observé mi chaquetón gris colgando de la percha de mi puerta, dispuesto a salir a la calle. Los botones sintéticos destellaban por la luz del amanecer que se colaba por las ventanas. Tenía que arreglar las costuras rotas. Negué con la cabeza. No era el momento. Necesitaba dormir.

Me arrebujé entre las sábanas. Estaba muy contento por el trabajo conseguido. Seguramente el siguiente fuera Will. Si; a él tampoco le vendría mal un pequeño empujoncito de ánimo.

Los párpados se me cerraban a una velocidad torrencial. Reprimí un bostezo. Al final sí que iba a ponerme enfermo, como en el sueño de Michael. No es tan sencillo **domar a los sueños**, ¿sabéis? Pero ese es mi trabajo; soy el domador de sueños. Así que no debéis preocuparos por nada. Porque YO soy el secreto del mundo onírico; no tenéis porqué serlo también vosotros. O sí.

Podéis cambiar la vida de la gente. Estoy seguro de que tenéis una vaga idea de como hacerlo. Venga, pensadlo. ¿Véis? Pues ponedlo en práctica. No es necesario que manipuléis los sueños de alguien. Podéis hacer millones de maravillas y milagros desde vuestra dimensión. Hacerlas. Repartir sonrisas, esperanza y alegría a la gente. También confiar en vosotros, quereros; lo vais a necesitar. Lo necesitan. Lo necesitamos. El mundo os necesita. No les defraudéis. No os defraudéis a vosotros mismos.

FIN